

gre, medida que a juicio del señor Fernández Palacio "sería conveniente, porque puede peligrar su integridad física", lo menos que puede esperarse es un relanzamiento de la campaña por su retorno al país, con el agravante de serias implicaciones internacionales. Cosa que ya han anunciado públicamente las Comisiones Gestoras pro amnistía y algunos presos.

Orillado el pretexto de los secuestros y repuesto el país del trauma sangriento de Madrid, se esperaba la amnistía como gesto natural de un gobierno que había prometido restablecer la democracia. Largos al asunto, reticencias y salpicaduras de rumor sustituyeron la esperada medida, lo que contribuyó al relanzamiento de una nueva ofensiva por parte de todos los organismos pro amnistía del País Vasco. Recogiendo el sentir de los presos de la cárcel de Cáceres, las gestoras volvieron a la acción en la semana del 26 de febrero al 6 de marzo, insistiendo en la no negociabilidad de la amnistía.

Según los primeros balances, alrededor de 25.000 personas participaron el sábado 26 y domingo 27 en manifestaciones, encierros en iglesias y Ayuntamientos, huelgas de hambre y actos públicos, que si en su casi totalidad fueron saldados sin incidentes, no podía faltar el contrapunto de la violencia, localizada en este caso en las localidades vizcainas de Lequeitio y Elorrio.

Inesperada actitud ante la serena e ingente movilización en Guipúzcoa fue la protagonizada por el recién nombrado gobernador civil, don José María Belloch Puig, quien no solamente conversó con representantes de las cuarenta comisiones pro amnistía guipuzcoanas, sino que les felicitó por el civismo de que se habla dado prueba, manifestó su deseo de autorizar todos los actos que se solicitaran en el marco de la campaña e insinuó la posibilidad de participar como miembro honorario en las gestoras, dejando de todos modos bien claro que era necesario impedir toda provocación a la Fuerza Pública para evitar posibles actos de indisciplina. Consecuencia de este cambio de clima ha sido el insólito espectáculo a que ha podido asistir la capital donostiarra de manifestaciones encuadradas y protegidas por la Policía Municipal.

No ha sido este el clima por otras latitudes del País Vasco. Lequeitio, pequeña localidad pesquera vizcaína, volvió a ser teatro de dramatismo, violencia y pánico cuando una patrulla de Fuerzas del Orden penetró por la puerta de la sacristía en la parroquia, ocupada por unas doscientas personas. "La carga fue tan inesperada, tan innecesaria dado el ambiente de tranquilidad, tan violenta, que se produjeron reacciones de pánico como no recuerdo haber visto en mi vida", resalta uno de los encerrados, antiguo preso. "Corrimos hacia la puerta principal, saltando los bancos, pisándonos, amontonándonos y al llegar a la salida nos encontramos entre dos cordones de guardias que seguían golpeándonos". Varias decenas de heridos y entre ellos uno grave, Antxone Teñerria, fue el dramático balance de Lequeitio.

Y en Elorrio, localidad situada al pie del macizo de Urquiola, otro desalojo similar induce a mucha gente a preguntarse qué es lo que aquí cambia, cuando sigue recurriéndose a tales medidas para impedir el ejercicio de unos derechos que en la Europa a la que queremos homologarnos son casi deberes. Resulta difícil hablar de democracia cuando unas decenas de personas de

un pequeño pueblo son desalojadas de una iglesia, entre botes de humo, golpes y balas de goma, por el único delito de pedir amnistía.

## Vitoria: claves pisoteadas

Otro eslabón en la larguísima cadena de violencias que soporta Euskadi fue el 1 aniversario de los luctuosos sucesos de Vitoria. Se percibía la tensión en la capital alavesa, pero nadie podía esperar una huelga general tan unánime como la que se produjo, sobre todo teniendo en cuenta la campaña de intoxicación que días antes insinuaba la posibilidad de que se decretara "día de luto oficial" o "fiesta extraordinaria" para contrarrestar el paro.

Una hora antes del mediodía, la catedral ya se encontraba completamente ocupada, mientras una multitud abarrotaba la explanada. Las fábricas se hallaban paradas y algunos bares y comercios echaban sus puertas. Fuerzas antidisturbios patrullaban nerviosas por la ciudad. Todo estaba prohibido por el gobernador.

Cincuenta y seis sacerdotes ante una treintena de coronas de flores oficiaron el funeral por Pedro María Martínez Ocio, Francisco Aznar Clemente, Romualdo Barroso Chaparro, José Castillo y Bienvenido Pereda Moral, "muertos que son suficiente estímulo para buscar una sociedad más justa donde sean atendidos los auténticos derechos de todo el pueblo", según dijo un trabajador.

El líder obrero Tomás Echave pidió serenidad, y con serenidad fueron saliendo las miles de personas, jalonadas por los vivos colores de las flores. La idea era ir hasta la iglesia de San Francisco, escenario de la masacre, pero "jeeps" y autobuses de la Fuerza Pública bloqueaban los accesos a la calle Primo de Rivera. Francisco Lecuona, militante de CC. OO., pidió que la gente se dispersara, "ya que aquello no podía convertirse en otro 3 de marzo". La frase quedó en el aire. Una lluvia de proyectiles de goma y de botes de humo interrumpió su llamada.

Claves desparramadas por el suelo, golpes, pánico y veinte heridos fue el final de un acto que habla comenzado en perfecto orden. La gente vuelve a preguntarse el porqué. Vitoria, como en aquel 3 de marzo de 1976, volvía a tener el corazón en un puño.

Pero la capital alavesa aprendió. La prueba de hierro de cuatro trabajadores muertos rompió el estereotipo de "ciudad de curas y militares" que ligeramente se aplicó a Vitoria, mostrando la existencia de una clase obrera joven pero capaz de organizarse y de algunos empresarios excesivamente adaptados a los dividendos fáciles. Por eso, el mejor homenaje a los trabajadores muertos "no ha sido la venganza, sino el compromiso de seguir batallándose por una sociedad democrática", tal como opinaba el dirigente comunista Carlos Alonso Zaldívar en el semanario "Berriak". "Y así se salvó para hoy la clase obrera de Vitoria —señalaba en la misma revista José María Segura Zurbano—, adquiriendo conciencia de tal, de su especialidad, conciencia de sus limitaciones frente a otras fuerzas que la rodean e intentan sofocarla, y conciencia de que unida y autocontrolada puede enfrentarse incrementalmente con esas fuerzas con las que ha de convivir". ■ PERU ERROTETA.

# La Capilla sIXtina

## EL NEGOCIO PROPIO

**L**AS economías más boyantes dentro del Estado español se corresponden a nacionalidades o regiones que pudieron o supieron desarrollar a tiempo el principio liberal de la iniciativa privada. En la base del actual capitalismo español está aquel instinto del "negocio propio" que impulsó la expansión industrial y comercial en Catalunya o el País Vasco desde las primeras décadas del siglo pasado. Ese "instinto" empalmaba con la codificación gremial del oficial emancipado a la categoría de maestro y propietario de su propio taller. De siempre ha estado muy mal visto entre nuestro paisanaje el ser "un mandado" y de siempre se ha pretendido alcanzar el premio gordo en la lotería para tener "un negocio propio". "No tener a nadie que te mande, ese es el ideal". Y vemos esta frase en boca de aprendices de burgués y en boca de presuntos anarquistas de comienzo de siglo. Manuel, el anarquista de La lucha por la vida, acaba de pequeño burgués establecido por su cuenta, y su hermano Juan, el seminarista sensible, acaba tuberculoso y anarquista.

El instinto no ha desaparecido. Según comentan los españólogos, el Gobierno tiene el propósito de potenciar su propio partido político. Pueden ocurrir dos cosas, que esa operación actúe como un remolino engullidor que fuerce a los Arellza y compañía a pactar con el partido del Gobierno o que esa misma operación debilite las posibilidades del Centro Democrático, sin conseguir un territorio suficiente para el partido del Gobierno. De producirse este último resultado, el primer jefe de Gobierno de la "democracia" será el señor Fraga Iribarne. No creo que esta conclusión sea desesperadamente catastrófica. Una cosa es el Fraga de la época de Grima, otra el que descubre la democracia en Londres, otra el que está dispuesto a reunirse con Carrillo en París en diciembre de 1975, otra el que es ministro de Gobernación, otra el que se desplaza a la derecha para recoger el posfranquismo y otra cosa sería el Fraga obligado a asumir funciones de jefe de Gobierno en una democracia parlamentaria. Si el señor Fraga tuviera arrebatos temperamentales tendría que tragárselos forzado por sus propios seguidores o forzado por el vapuleo del Parlamento y de la opinión pública.

El riesgo que se corre con la operación política del Gobierno pertenece a un plano más fundamental. A la raíz misma de la democracia que puede surgir de las próximas elecciones. Es probable que Alianza Popular se comporte en el futuro como un partido de centro equivalente al que puedan componer Arellza o Fernández Ordóñez, pero su misma ascensión al poder implicaría sentar en sillones invisibles a visibles cadáveres de la política, la economía y la organización social, y en sillones visibles, a invisibles cadáveres del mismo trípico. La economía, la política, la sociedad española necesitan un chequeo a fondo, una mayoritaria coincidencia en el diagnóstico y una implacabilidad en la cirugía y la medicación imposibles si las fuerzas políticas hegemónicas tuvieran que pagar hipotecas franquistas. Empezaríamos con el bisturi de latón de la democracia formal enfrentado a la metástasis cancerosa de todas las corrupciones.

Si el Gobierno se establece por su cuenta, no lo hace con intenciones honestas. El Centro Democrático ya está ahí y sólo hay que perfeccionarlo. La izquierda ya está ahí y no hay que inventarla. Y está la derecha-derecha de los aliados populares y todos los que finalmente votarán por ellos, desde piñaristas a fernándezcuestistas. Si el Gobierno se establece por su cuenta es para hacer pasar por el tubo a los demócratas de centro, y si no pasan, pactar en última instancia con los aliados populares para repartirse el botín. Y si no, al tiempo. ■

SIXTO CAMARA